

Celtas e Ilirios

Por P. BOSCH GIMPERA.

Desde hace bastantes años hemos venido trabajando en un ensayo de reconstrucción de los movimientos célticos en la Europa occidental. El punto de partida fué el estudio de la cultura de las urnas en Cataluña —identificada con la de las urnas en Alemania y en Francia y que hoy sabemos que se extiende sin solución de continuidad— y su filiación como céltica por la toponimia céltica en *-dunum* que en Cataluña no pudo ser introducida más tarde, pues no hubo nuevas invasiones célticas, no habiendo llegado a ella la de los volcos y no existiendo propiamente cultura de La Tène en Cataluña y sólo una influencia reducida a ciertos tipos.

La filiación céltica de la cultura de las urnas ha venido siendo discutida y son todavía muchos los que siguen creyéndola “iliria”, a lo que ha contribuido su relación con la cultura de Lusacia en cuanto a la arqueología y la extensión por el territorio de la cultura de las urnas de nombres de lugar y de algunos étnicos “ilirios”. Se ha generalizado incluso a veces el nombre de “culturas de las urnas”, incluyendo en ellas la de las urnas propiamente dicha, la de Lusacia y las danubianas. Todo ello contribuye a crear una cierta confusión. Hemos creído deber insistir en el carácter céltico de la cultura de las urnas, y en ello nos ha confirmado el intento de reconstituir los movimientos célticos hacia España realizado en *Los celtas y la cultura de las urnas* (*Anuario del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Homenaje a Mérida*, vol. III, p. 1-41, Madrid, 1935), equivalente a *Les celtes de la civilisation des urnes en Espagne* (*Préhistoire*, VIII, 1941, p. 121-157) y en *Two Celtic waves in Spain* (Londres, British Academy, 1942), así como nuestra revisión de los resultados de estos trabajos en un marco más amplio: *Mouvements celtiques. Essai de reconstitution*, en prensa. Hemos insistido también en nuestros resultados y hemos discutido

la hipótesis "iliria" en nuestra comunicación *Autour des problèmes de toponymie celtique* al Congreso Internacional de Toponimia y Antroponimia de Bruselas, 1949, en prensa en las actas de dicho Congreso.

En *Mouvements celtiques* tratamos de condensar en unas conclusiones, sucintamente, nuestra manera de concebir el problema, ciertamente complicado y que ofrece facetas muy diversas. Creemos interesante presentar aquí estas conclusiones, agradeciendo la hospitalidad amablemente ofrecida por mi buen amigo el Prof. Maluquer en su revista ZEPHYRVS, para que los colegas españoles puedan seguir honrándome con su discusión. Algunos lo han hecho ya con mis anteriores trabajos y celebraré que el presente, en aquello que no les convenza, merezca su crítica. La Prehistoria no es una ciencia exacta —¿cuál lo es?— ni las reconstrucciones, necesarias de cuando en cuando, tienen carácter de dogma. En las nuestras hay, sin duda, lagunas y errores que constantemente me he esforzado por llenar o por rectificar. Con la misma objetividad, cuando creo que responden a los hechos, creo deber insistir en mis puntos de vista.

Me excuso de no poder ofrecer los materiales en que baso mi reconstrucción. Han sido mencionados con bibliografía completa en los trabajos mencionados, así como en *El poblamiento y la formación de los pueblos de España* (México, 1945) y en *Etnología de la península ibérica* (Barcelona, 1932). En estos últimos libros, así como en *Two Celtic waves in Spain*, hay igualmente suficiente ilustración del material español, así como los mapas necesarios para mejor comprensión de los movimientos.

* * *

I. Entre las familias de pueblos que en el segundo milenario —la Edad del Bronce— parecen ya constituidas hay que contar la que corresponde a la cultura de los túmulos (*Hügelgräberkultur*), que se extiende desde la Francia central hasta Austria y Bohemia y desde Bélgica y Westfalia hasta las estribaciones de los Alpes con sus núcleos principales en la Alemania meridional. Estos pueblos constituyen el *núcleo originario de los celtas* y pueden ser calificados, sin duda, de protoceltas.

II. Su cultura estuvo en constante contacto con la de los pueblos vecinos, a saber: los de la *cultura nórdica* —antepasados de los germanos—, los de la *cultura de Lusacia* y los de las *culturas danubianas* —ambos grupos más difíciles de relacionar con nombres históricos—. La cultura de las regiones danubianas fué la que entonces *ejerció una influencia* más considerable sobre la de los túmulos de los protoceltas y la que se manifiesta más rica, hallándose *relacionada también estrechamente con la cultura de Lusacia* y a través de ella con la de los germanos nórdicos.

III. A fines de la Edad del Bronce, es decir, hacia 1200 a. de J. C., la cultura de los túmulos acababa de tener su etapa de expansión, habiendo alcanzado sus límites máximos en Checoslovaquia y en Austria, a expensas de las culturas de tipo danubiano, y al mismo tiempo la cultura de Lusacia iniciaba su expansión, que se realizó a continuación, en el siglo XII.

IV. La expansión lusaciana hizo avanzar los grupos periféricos de sus pueblos hacia los territorios vecinos en dirección al Harz y al Hannover meridional, hacia el norte de Bohemia y Moravia, sobre todo en Polonia hacia el este y por el norte de los Cárpatos. Parece que grupos de lusacianos se infiltraron hacia el Oeste, perdiéndose entre los pueblos de los túmulos, sobre todo en Turingia y en Hesse, así como, al Sur, a través de Moravia, llegando muy lejos en las regiones danubianas. En éstas, las infiltraciones lusacianas provocaron desplazamientos de población —con los que marcharon acaso también grupos de lusacianos— que repercutieron en el norte de Italia, y a través de los grupos de las culturas “eslavónicas” y el Adriático, en la Italia central. La presión provocada por los movimientos lusacianos se transmitió también a los pueblos de los Balcanes, de los cuales ciertos grupos periféricos pasaron al Asia Menor.

V. La expansión lusaciana, permaneciendo compacta en los territorios vecinos de sus núcleos originarios, no parece haberse realizado en grandes masas en los territorios periféricos de la expansión. En las dependencias del valle medio del Danubio se colonizaron las regiones mineras o ciertas localidades importantes para la relación comercial, pero, cuando los movimientos se calmaron, tiene lugar un reagrupamiento de las culturas danubianas sobre bases indígenas pre-lusacianas. En los territorios más alejados de los centros lusacianos, las infiltraciones de los invasores fueron absorbidas por los pueblos que se desplazaron al mismo tiempo o por los celtas que formaban la masa indígena en medio de la cual se habían establecido dichas infiltraciones.

VI. Al calmarse los movimientos, y todavía entre 1200 y 1000 a. de J. C. (período equivalente al Hallstatt A de Reinecke), mientras la cultura de Lusacia evoluciona dentro de las mismas líneas anteriores en sus territorios originarios y en Polonia, las culturas danubianas muestran una personalidad que se mantiene distinta de la de las culturas lusacianas. En Bohemia, del mestizaje de las infiltraciones lusacianas con las poblaciones en que tendía a predominar la de los túmulos se formaba la cultura de Knovíz-Milavec, cuya influencia —acompañada de desplazamientos en los territorios vecinos de la Alemania meridional y de Austria— transformaba la cultura de los túmulos en la cultura de las urnas (“Urnenfelderkultur”). Esta, caracterizada por tipos muy uniformes de cerámica, comienza pronto una gran expansión hacia el Oeste y unifica la cultura de los pueblos de la cultura de los túmulos, de la que, sin embargo, permanecen intactos muchos

de sus grupos. Sus supervivencias se hallarán más tarde en la base de ciertos elementos de la cultura de las urnas durante el período equivalente al Hallstatt B de Reinecke y hasta en el propio Hallstatt C, en que en sus territorios propios puede hablarse de un desarrollo nuevo, en realidad de una nueva cultura que ya no es la de las urnas —que permanece intacta sólo en la periferia de la antigua expansión—, de la que quedan supervivencias junto con las aludidas de la cultura de los túmulos. En la frontera de Austria, los movimientos lusacianos, una vez formada la cultura de las urnas, provocaron la partida de bandas de sus gentes, que se perdieron también entre los pueblos danubianos occidentales o entre los pueblos dináricos. Los elementos de estas infiltraciones de gentes de las urnas mezcladas con otras infiltraciones lusacianas llegaron a Italia, en donde se reconoce su rastro en el Lacio y en otros lugares en cerámica que reproduce tipos de las urnas y tipos lusacianos.

VII. *Conviene limitar el nombre de "cultura de las urnas" y utilizarlo en un sentido estricto, no extendiéndolo a la cultura lusaciana y menos todavía a la de los grupos danubianos reconstituídos. Aparte de sus diferencias esenciales, en el orden cultural, se trata de grupos de pueblos que continúan siendo de naturaleza étnica distinta y la generalización del nombre de "cultura de las urnas" crea numerosas confusiones.*

VIII. *La cultura de las urnas, cuando sus tipos han evolucionado ya —aunque continúan todavía bastante puros—, llega en el Hallstatt B de Reinecke (1000-800 a. de J. C.) al máximo de su expansión territorial y representa entonces la unidad de la familia étnica a que pertenece. Si bien no es cierto que entonces llegase hasta las Islas Británicas, llegó hasta el norte de España, especialmente hasta Cataluña, lo que permite su filiación como céltica.*

IX. *La toponimia céltica en Cataluña con sus nombres en -dunum (Beseldunum, Salardunum, Virodunum) no puede haber entrado más tarde. Los pueblos de las urnas en Cataluña —procedentes del movimiento cuyos orígenes deben ser buscados en la Alemania meridional y llegado por el camino del Ródano— serían, pues, celtas. En consecuencia, dada la uniformidad de la cultura en todos sus territorios europeos, toda ella debe ser filiada como céltica. Incluso si entre sus pueblos hubo infiltraciones de los pueblos vecinos lusacianos, estas infiltraciones no lograron desnaturalizar el carácter céltico de las gentes de las urnas.*

X. Además, la evolución de la organización tribal céltica en la época de las urnas debía hallarse muy adelantada y la mayoría de los grupos conocidos más tarde históricamente existían ya, así como algunos habían comenzado a dislocarse con los movimientos de las urnas. Este sería el caso de los *bibroci*, *bebríaces* o *beribraces*, que deben ser identificados con

ciertos grupos étnicos mencionados por las fuentes históricas en el Rosellón y en la zona montañosa del litoral valenciano en España que se corresponden con grupos de la cultura de las urnas. Otros grupos de bibroci se encontrarán más tarde arrinconados en Bretaña, en Inglaterra y en Irlanda.

*Pueden recuperarse numerosos nombres de tribus célticas existentes ya en tiempos de la cultura de las urnas, sea porque estos nombres —conocidos luego históricamente— pertenecen a pueblos que no parecen haberse movido, sea porque se trata de unidades dislocadas a consecuencia de movimientos ulteriores y cuyos restos se hallan dispersos en las extremidades del mundo céltico. Ciertos nombres de tribus pueden ser referidos a determinados movimientos en el curso de las migraciones célticas, lo que permite buscar su origen —por lo menos hipotéticamente— en las regiones de partida. Este sería, sobre todo, el caso de los *lemvices* —en la periferia de la cultura de las urnas hacia la línea del Elba, dislocados por los primeros empujes germánicos, de los cuales una parte se repugló hacia el Báltico y otra marchó a Francia—, lo mismo que de los *pelendones* —en la frontera de Bélgica, Holanda y Westfalia, en donde su cultura conservó fuertes supervivencias de la cerámica excisa que se encontrará luego en España—. Cabría pensar también en la dislocación de los *ambrones*, que serían un pueblo de la cultura de las urnas —originario de algún lugar de Alemania— de los cuales una parte pasó al sur de Francia, desde donde, atravesando los Alpes, terminó por infiltrarse en Italia entre los pueblos ligures, mientras que otra rama se estableció en los mercados del ámbar en Jutlandia.*

XI. *El conjunto de la cultura de Lusacia permanecería anónimo. Los lusacianos habrían constituido una gran familia de pueblos indoeuropeos que sólo conservaron su cohesión en los territorios lusacianos propiamente dichos y en Polonia. Es probable que, en el territorio lusaciano originario, se puedan reconocer ciertos pueblos particulares, como sería el caso de los *vénetos dislocados en el momento de las migraciones lusacianas: un grupo —partiendo acaso de la vanguardia lusaciana en Hannover— se infiltró entre los celtas llegando a la Francia occidental, otro llegó al norte de Italia y a las regiones vecinas del extremo noroeste de la Iliria histórica y grupos importantes permanecieron en Alemania y en Polonia, en donde los mencionan las fuentes históricas de la época romana y se convierten en los antepasados de ciertos pueblos conocidos más tarde como eslavos (los wendos). Esto no autoriza a retrotraer la filiación de los vénetos de Italia ni la de los wendos al conjunto de los lusacianos ni a creer a éstos ilirios o eslavos, pues otros elementos de población contribuyeron a formar los ilirios o los eslavos históricos, especialmente las poblaciones de las culturas danubianas “eslavónicas” para los primeros y otras de origen no danubiano para las segundas.**

XII. *La toponimia supuesta “iliria” —que es común a las regiones danubiana, a los territorios de la cultura de las urnas y más rara en los*

territorios occidentales de la cultura lusaciana, así como excepcional en Italia— no sabría probar una unidad étnica "iliria" en tiempo de la cultura de las urnas, así como tampoco la persistencia de los vènetos lusacianos en los wendos eslavos, no sabría hacer creer en la naturaleza eslava de todos los lusacianos y menos todavía de los "Urnenfelder", entre los cuales los vènetos se infiltraron también. La toponimia denominada "iliria" debe permanecer anónima y puede creerse que acaso pertenezca a una etapa de los pueblos danubianos de la Edad del Bronce que correspondería a una etapa paralela de las poblaciones de los túmulos y hasta de los lusacianos, cuyas relaciones mutuas habían sido íntimas durante largos siglos antes de la expansión de la cultura de las urnas.

XIII. La expansión de la cultura de las urnas se debió verificar en una etapa arcaica del desarrollo de las lenguas célticas anterior a la de los cambios fonéticos goidélicos. Esta etapa arcaica, cuyas supervivencias se han reconocido en la toponimia de la Europa central y en la de la periferia de los pueblos célticos (Pokorny-Tovar), no es necesariamente no céltica. Si deriva de una época de relaciones lingüísticas con los pueblos danubianos, a través de éstos pudieron llegar asimismo otras supervivencias de las lenguas danubianas arcaicas a los pueblos ilirios históricos. No es, pues indispensable postular una unidad lingüística que incluya a la vez los ilirios históricos y a todos los demás pueblos cuyas culturas se basan en elementos que, ellos mismos, han podido infiltrarse entre los antepasados de los ilirios históricos. Menos todavía es plausible bautizar como ilirios a todos los pueblos en que se hallan los elementos lingüísticos en cuestión. La ascendencia prehistórica de los ilirios, lo mismo que la de los tracios y y de los demás pueblos danubianos históricos, debe ser discutida independientemente del problema de la etnología lusaciana o céltica.

XIV. La cultura de las urnas evolucionó en la Alemania meridional y en Austria, yendo a parar al apogeo de la cultura hallstática (Hallstatt C). Paralelamente, en los territorios periféricos del Bajo Rin y vecinos, dicha cultura se mantenía arcaizante y las formas de su cerámica degeneraban.

XV. Al mismo tiempo, entre los pueblos célticos entre el Elba y el Rin penetraban infiltraciones germánicas. Las primeras fueron las representadas por la cultura de Wessenstedt. La presión germánica continuó en distintas etapas después de la formación de la cultura de Harpstedt al sur del Elba. Las primeras infiltraciones germánicas de la cultura de Wessenstedt dieron lugar a la formación de una zona de pueblos y de culturas mixtas celto-germánicas al este del Rin y a la partida de grupos célticos hacia las regiones periféricas de la Europa occidental, de Inglaterra, del norte y oeste de Francia y en último lugar del centro y oeste de la Península Ibérica.

XVI. Los elementos de cultura semejantes a aquellos de los países originarios que se hallan en los lugares a donde han llegado las migraciones permiten establecer una estratificación de las diferentes capas célticas en las regiones periféricas, sobre todo en la Península Ibérica. Al ser posible también identificar estos elementos de cultura con los antepasados de tribus célticas conocidas históricamente, se llega a la reconstitución de las diferentes etapas de la evolución y de la dislocación del mundo céltico. Por la presencia de tribus germánicas entre los pueblos célticos de la Península Ibérica y por su relación con determinadas etapas de los movimientos célticos, se llega también a comprobar que las vanguardias germánicas que ejercían la presión sobre los celtas emigraban con ellos. De esta manera se obtiene también al propio tiempo una primera reconstitución de la periferia del mundo germánico y de sus vicisitudes históricas.

XVII. Los movimientos célticos llegados a la Península Ibérica deben haberse realizado ya hacia 600 a. de J. C., pues la primera fuente explícita griega que se refiere al litoral atlántico portugués, el *Periplo massaliota* conservado en el poema de Avieno "Ora marítima", los halla ya instalados y estabilizados. El *Periplo original* remonta a 570 a. de J. C. y, por lo tanto, la fecha de 600 para el fin de dichos movimientos hacia la Península parece un *terminus ante quem* prudencial.

XVIII. El primer empuje germánico representado por la cultura de Wessenstedt (tribu llamada luego *germani*?) llegó al Bajo Rhin (Wessel) hacia 800 y dislocó los pueblos célticos entre Elba y Rhin. Los *Iemovices* fueron probablemente los que experimentaron primeramente el choque con los germanos y de ellos un grupo se perdió en las regiones bálticas, en donde permaneció germanizado hasta los tiempos de Tácito, mientras otro grupo marchaba hacia el oeste de Francia junto con un grupo de *vénetos*. Ciertos grupos de Holanda pasaron a Inglaterra (cultura de *Wert-Deverel*). Los *pelendones* de la frontera belgo-holandesa-alemana, con una cultura con supervivencias de la de los túmulos (cerámica excisa), marchaban hacia el occidente de Francia, de donde más tarde emigraron hacia la España central. El conjunto de estos movimientos debería fecharse entre 800 y 700.

XIX. Entre 700 y 650, un movimiento germánico salido del Schleswig-Holstein hizo marchar de allí a los *cimbrios* junto con un grupo de *ambrones* célticos. Cayeron sobre los campos de Westfalia occidental y de las regiones vecinas de Holanda (cultura de *Vledder-Bonninghardt*, llevando con ellos grupos de *germani*, desplazándose hacia el oeste de Francia, en donde desalojaron a los *pelendones* hacia la España central.

XX. Entre 650 y 600 marcharon grupos germánicos de la cultura de Harpstedt del sur del Elba (*poemani*?). Empujaron a los *eburones* celto-germánicos de la cultura de *Düstrup* de Westfalia. Las vanguardias de los *eburones* se infiltraron en Bélgica. La presión ocasionada por su paso,

por una parte, hizo desplazar a *Inglaterra* a un grupo (desde Holanda?) que llevó allí la *cultura de Scarborough* y, por otra parte, obligó a emigrar a los *sefes* (o mejor *sepes*, helenización de un nombre céltico significando "clan de la serpiente") Estos, que debían habitar la región entre Colonia y Coblenza, siguieron por el Mosella hacia el oeste y por fin llegaron al litoral portugués, en donde son señalados por el Periplo massaliota al norte de los *cempsos*.

XXI. La presión de los germanos de la cultura de Harpstedt se ejerció también en dirección del sudeste, en *Turingia*, de donde partieron los *turonos* junto con otros grupos célticos entre el Hesse y el Main y del Rhin al Mosella y al Sarre (*santonos*, *boios*, *nemetes*, *bituriges*), penetrando en Francia por los caminos de Lorena y llevando por delante grupos de *senones* y de *lingones*. Una parte de los pueblos de este conglomerado se quedó en Francia en la región del Loire y sus dependencias o más al oeste (los *bituriges cubi* en Bourges, los *bituriges vivisci* del Bajo Garona), los *turonos* de la Turena, los *santonos* de la Saintonge, los *boios* del país de Buch en la Gironda, los *lingones* en el vado del Garona). La llegada del conglomerado en la Gironda y en las Landas dió lugar a la *partida de los cempsos hacia España* y al repliegue hacia el interior de las comarcas meridionales de Francia de los pueblos pertenecientes a los movimientos anteriores. Este fué el caso probablemente de los *tarbelli* (hacia Dax, en la región de Tarbes y en el Lannemézan: cultura de Avezac Prat) y de los *peledones*, de los que queda el recuerdo en el topónimo Belin en las Landes y de los que un grupo fué a parar al Ariège (topónimo Bois de la Beléne y cultura de la necrópolis de Ayer). Entre los pueblos del conglomerado se habían infiltrado ciertos elementos germánicos de los que habían dado lugar a la migración, como los *poemani* que se encontrarán luego en España entre aquéllos.

XXII. Entre los pueblos belgas se introdujeron nuevos movimientos germánicos salidos de la cultura de Harpstedt, llegando entonces a Holanda y a Bélgica. Fueron sobre todo los *nervios* y los *tungros*. Por una parte ello dió lugar a que algunos *fugitivos se refugiaron en Inglaterra* (cultura de All Cannings Cross en el Wiltshire) y por otra los *mediomátricos* se replegaron hacia el Marne (cultura de Les Jogasses). Pero la presión principal ejerciéndose por Wessel-Maestricht-Bruselas hacia el Brabante y el Hainaut, desplazó una parte de las tribus belgas de los *ambianos* que luego aparecen en Picardía, de los *belovacos* de la región de Beauvais, de los *suessiones* de la de Soissons, de los *veliocasses* del Sena inferior y de los *autrigones* del Eure. Marcharon llevando consigo grupos de *tungros* y de *nervios* germánicos, así como de *eburones*, de uno de cuyos grupos —que acaso había estado colocado en la vanguardia occidental del movimiento germánico— dió el impulso para la marcha de los *autrigones* del Eure.

XXIII. La llegada de los belgas en la Francia occidental obligó a emigrar una parte de los pueblos del conglomerado anterior de los *sefes*.

nemetes-turones, etc., hacia España y pronto los propios belgas siguieron el mismo camino. El movimiento belga y su llegada a España no debe ser fechado lejos de 600. Allí los pueblos del conglomerado se establecieron de momento en la Meseta central, empujando los cempsos hacia el sudoeste y obligándoles a llegar por los caminos de Extremadura al sur de Portugal —de su avance por el Tajo queda la necrópolis de Alpiarça, con una cultura que reproduce la de Vledder-Bonninghardt de los países originarios— y las regiones al norte de Sierra Morena. Restos de los ambrones —llegados con los cempsos y los cimbrios y luego dispersados— se reconocen a través de la toponimia dispersos en el centro y en el NO. de la Península. Los cempsos trataron también de extenderse por Andalucía y el recuerdo de esta expedición entre los pueblos del grupo tartesio queda consignado en el Periplo massaliota al hablar de la región de Huelva. Restos de los cempsos y hasta de los cimbrios parecen haberse perdido arrinconados entre los pueblos tartesios, así como el grupo germánico de los *germani* en sentido estricto —perteneciente a los germanos que habían iniciado las presiones hacia el Rhin— pasó a la región de los oretanos indígenas en la provincia de Ciudad Real.

XXIV. A la llegada de los belgas, los pueblos del conglomerado se replegaron hacia el noroeste (Asturias, Galicia, norte de Portugal), se infiltraron entre los cempsos hasta Sierra Morena (un grupo de turones) o fueron empujados hacia el sur de Aragón siguiendo los caminos del macizo ibérico (turones de Teruel), desbordando hacia la costa por el valle del Palancia. Los belgas ocuparon las regiones inmediatas a los pasos del Pirineo por Roncesvalles en Navarra (*suessiones*) y en el país vasco (*autrigones* y otros), se infiltraron en Cantabria (*velegienses velicasses*) y dominaron las tierras fértiles de la Meseta (Castilla la Vieja, llanuras de León; *vacceos*, *arevacos* del pueblo de los *belovacos*). Los grupos extremos se extendieron por las dependencias del sistema orográfico ibérico en Celtiberia (*belos* del grupo *belovaco* y otros). Las avanzadas desbordaron al sur de la cordillera carpeto-vetónica hasta los pasos del Tajo (Turmogum-Garrovillas de Alconétar). De las infiltraciones germánicas que habían provocado la salida de los belgas de su patria originaria llegaron a España los *nervios* (del Nervión en Vizcaya) y los *tungros*, que por los caminos occidentales de la Meseta Norte penetraron en el NE. de Portugal.

XXV. Los pueblos del conglomerado, a su llegada a España, ya se hallaban en la etapa lingüística goidélica, reconocida por Pokorny en la toponomástica española precisamente entre los pueblos que lo representan. El siglo VII sería, pues, un "terminus postquem" para la evolución fonética britóna.

XXVI. Como que los movimientos célticos llegados los últimos a España llevan consigo variedades de la cultura del Hallstatt D —en particular la del Eifel-Hunsrück de los pueblos del conglomerado de los sefes y otros—,

los principios de aquélla en la Europa central deberían fecharse en la primera mitad del siglo VII, pues hay que contar con un espacio de tiempo considerable para su desarrollo en los países de origen. Así se obtendría un punto de apoyo para la cronología absoluta del principio del último período de la primera Edad del Hierro, concordante con el que da el *Periplo massaliota* (570 a. de J. C.) para la etapa posterior al apaciguamiento de los movimientos y para la estabilización de los pueblos célticos, ya que el *Periplo* señala como pasadas las últimas repercusiones en las zonas costeras del replegamiento de las diferentes capas célticas hacia el oeste y con ello se obtiene también, por tanto, una fecha para la llegada de los belgas a la Península.

XXVII. Durante los siglos VI y V las presiones germánicas parecen calmarse. Durante la thalassocracia focense se intensifica el comercio entre los tartesios y hasta de los griegos del sur de España con la Bretaña francesa y de los pueblos de ésta con Irlanda. Allí, como en Inglaterra, ya se hallan estabilizados los grupos célticos procedentes de los movimientos de la primera Edad del Hierro. El comercio griego llega a los pueblos célticos de la cultura hallstática de la Francia oriental y del valle del Rin, partiendo de Marsella. Más tarde, en el siglo V, los objetos griegos parecen partir de la zona etrusca de Italia septentrional y llegar a Alemania a través de los Alpes y de Suiza. La cultura del Hallstatt D se transforma en la cultura de La Tène (las "sepulturas de príncipes"). Por el contrario, en la periferia del mundo céltico se continuó en posesión de una cultura arcaizante que continúa las tradiciones hallstáticas (persistencia del "Iron age A" de Inglaterra, *posthallstático* del sur de Francia y de España).

Quisiéramos añadir solamente algunos comentarios acerca de puntos en los que tiende a establecerse cierta confusión.

En cuarto al problema ilirio, creemos que nuestro conocimiento deficiente del ilirio dentro de las lenguas indoeuropeas y la mayor densidad de los nombres "ilirios" en el territorio ocupado históricamente por los celtas y en los países danubianos que en los de la cultura de Lusacia, deben inducir a la máxima cautela ante la antigua hipótesis que veía, como Kossinna, en la cultura de Lusacia una cultura iliria. Asimismo, hasta qué punto tenemos la posibilidad de asegurar que un fenómeno lingüístico es verdaderamente ilirio. Cabe recordar una observación de Vendryes a propósito precisamente de la hipótesis iliria para explicar ciertos fenómenos lingüísticos oscuros dispersos en territorio céltico; "à quoi bon ranger sous un nom de peuple connu des variétés linguistiques qui peuvent appartenir à différents peuples pour expliquer ce qu'on ne comprend pas dans la masse des faits celtiques?"

El posible enlace de los lusacianos con los ilirios históricos podría hacerlo verosímil el nombre de los vénetos, de los cuales los de Italia for-

man el ala extrema de los ilirios históricos. Pero los vènetos de Italia pueden ser un pueblo de otra naturaleza, "ilirizados" al infiltrarse entre los ilirios, como los vènetos de Francia se celtizaron al infiltrarse entre los celtas y los wendos de Alemania y de Polonia se eslavizaron al constituirse la unidad de los eslavos occidentales. La tesis que hace descender a los eslavos de los lusacianos con parecido fundamento que la que extiende a todos los lusacianos el nombre de los vèneto-ilirios proporciona una *reductio ad absurdum*, ya que —si toda la cultura de las urnas se siguiese considerando como parte de una gran unidad cultural junto con la Lusacia como en la tesis de Pittioni— ¿por qué no considerarla también como eslava porque en Lusacia el resultado final es un pueblo eslavo que lleva el nombre de pueblos relacionados con la periferia de la cultura de las urnas? Considerar a los celtas como una evolución de los eslavos o como un grupo suyo parecería sin duda demasiado aventurado. La única explicación plausible es la de un pueblo vèneto dentro del grupo de los lusacianos, dislocado en otros grupos parciales, de los cuales uno fué a perderse entre los celtas de Francia, celtizándose, otro, entre los ilirios del norte del Adriático, ilirizándose, y otro, en fin, subsistió en los territorios originarios, persistiendo a pesar de haber cruzado por ellos escitas y germanos y terminando eslavizado. La más reciente teoría de Lehr-Splavinski (1) —que cree que los eslavos históricos recogieron elementos de los pueblos de las culturas variadas que se sucedieron en sus territorios y que

(1) T. LEHR-SPLAVINSKI, "Les bassins de l'Oder et de la Vistule et le noyau de l'habitat primitif des slaves en Les fleuves et l'évolution des peuples. Europe Orientale, Baltique, Mer Noire". ("Centre International de Synthèse. Institut International d'Archéocivilisation. V Journées de Synthèse historique", Paris, 1950).

Las dificultades de la tesis iliria obligan poco a poco a abandonar esta denominación. En su último trabajo, Pokorny ("Recent developments in Celtic Study" en "The Welsh Anvill. Yr Einion", Cardiff, 1951, p. 80-87) dice: yo llamé a este lenguaje "ilirio", pero sería mejor llamarlo "lenguaje de los pueblos de las urnas", lo que hace esperar una posibilidad de acuerdo entre las conclusiones de los filólogos y de los arqueólogos. Con la denominación neutra de "lenguaje de los pueblos de las urnas" no se prejuzga filiación del pueblo. Si —como parece, a causa de la arqueología y de la toponimia céltica (Beseldunum, Viridunum) que en Cataluña no puede sino ser atribuida a las gentes de las urnas— aquel pueblo era celta, la explicación de su lengua conteniendo un elemento "indoeuropeo arcaico", supuesto "pre-celta", podría ser que se tratase de una etapa arcaica de la evolución de las lenguas célticas —que apenas si empieza a ser reconstruida— y que habría precedido a la etapa goidélica. Sobre esta base podríamos coincidir todos. O bien, si el "elemento indoeuropeo arcaico" no es reducible al celta, podría representar la irradiación de la lengua de las infiltraciones lusacianas entre el pueblo de las urnas y entre tales infiltraciones se contarían las de los vènetos. En todo caso sería ir demasiado lejos adoptar el nombre de los vènetos como nombre del conjunto para todos los pueblos de las urnas, como hace P. KRETSCHMER "Die vor-griechischen Sprach- und Völkerschichten" ("Glotta XXX, 1943, p. 84 y sig.), p. 134 y sig. Ello se presta a nuevas confusiones. Todavía podría pensarse en otra posibilidad: que los elementos "pre-indoeuropeos" conservados en la lengua del pueblo de las urnas representen supervivencias de etapas pre-célticas de todo el centro de Europa.

cristalizan a partir de los últimos siglos antes de J. C.— podría ofrecer una explicación satisfactoria y a la vez comprobar que no puede calificarse de eslava la cultura de Lusacia y por analogía tampoco de iliria, aunque un desprendimiento de sus pueblos fuese absorbido entre los ilirios.

El proceso de la formación de los pueblos históricos debe explicarse al revés de como lo hacían las viejas teorías genealógicas. No descienden en línea recta de un determinado grupo y, sin otro motivo que el nombre histórico tardío de uno de sus grupos, no pueden ser bautizados retrospectivamente con él todos los pueblos prehistóricos que han estado en contacto con los antepasados de aquél. Los pueblos históricos son una resultante del cruce y de la evolución de factores diversos y sólo cuando hay una continuidad de cultura y no hay ingerencias extrañas es posible retrotraer la naturaleza de dichos pueblos históricos.

La infiltración de grupos germánicos (2) entre los celtas, sería un hecho paralelo de la infiltración anterior de los lusa-cianos entre los mismos celtas y entre los ilirios. Otros ejemplos bien conocidos pueden ser aducidos; sabemos cómo se formaron los francos, germanos, recogiendo distintos grupos de la misma naturaleza y extendiéndose en lo que después fué Francia —que por algunos siglos fué ciertamente la tierra de los Francos y que de ellos heredó su nombre, aunque era una tierra predominantemente céltica— y no por ello tenemos derecho a creer que toda Francia es la continuación étnica de los Francos y menos a retrotraer el nombre de los francos a los bátavos, a germanos del Rin y menos aún a los belgas o a los demás pueblos galos. En cambio, cuando hay una continuidad cultural que en un cierto momento va unida a un pueblo histórico de cierta naturaleza, hay motivos para aplicar el nombre de familia de dicho pueblo al grupo de que es una parte y tal es el caso de los pueblos de la cultura de las urnas a los que únicamente pueden referirse los nombres de lugar célticos indicando el resultado de una conquista que hallamos en Cataluña y que, por lo tanto, determinan la naturaleza céltica del conjunto.

Desearíamos igualmente que la confusión introducida en la etnología prehistórica con la teoría iliria se evitase con la que ha alcanzado un cierto favor recientemente a propósito de los llamados ambró-ligures. Menéndez Pidal (3) descubrió topónimos dispersos en la España central y en el NO. de la Península que hacen postular unos ambrones en España. Almagro (4) y Lamboglia (5), por la existencia de ambrones entre los

(2) P. BOSCH-GIMPERA, "Infiltraciones germánicas entre los celtas peninsulares" ("Revista de Guimarães", LX, 1950, p. 339-349).

(3) R. MENÉNDEZ PIDAL, "Sobre el substrato mediterráneo occidental" ("Ampurias II", 1940, p. 3-16).

(4) M. ALMAGRO, "Una necrópolis de campos de urnas en Ampurias. El cementerio Parralí" ("Archivo español de Arqueología", núm. 78, 1950, p. 39-71); idem, "Ligures en España" ("Revue des études ligures", XVI, Bordighera, 1950, p. 36-56).

(5) N. LAMBOGLIA, "Questioni etno-linguistiche sulla valle del Rodano" ("Revue des études ligures", XVI, 1950, p. 57-72) y nota "Origine e protostoria dei liguri", en "Revue des études ligures", XVII, 1951, p. 57 y sig.)

ligures históricos de Italia, han construido un pueblo ambro-ligur que se tiende a identificar con el que llevó a Cataluña la cultura de las urnas y ello ha hecho plantear de nuevo el problema ligur en España. El problema general de los ligures —uno de los más oscuros de la etnología primitiva europea— revive asimismo, y, de ser considerados primero como no indoeuropeos, pasaron a ser indoeuropeos y ahora se tiende a creer que fueran representantes de un substrato mediterráneo sobre el que se colocaran los indoeuropeos ambrones (6).

Tememos que ello nos lleve de nuevo a generalizaciones precipitadas y a nuevas confusiones. Para discutir el problema objetivamente conviene considerar separadamente sus elementos y valorar cuidadosamente los indicios.

Por una parte hay que discutir en qué consiste la indoeuropeización de los ligures y hasta qué punto llegó. Por ahora no pasa de algunos elementos lingüísticos —que se contraponen a otros ciertamente no indoeuropeos que si pertenecen a un substrato mediterráneo estamos muy lejos de poder reducirlo a una unidad— y a elementos arqueológicos emparentados con la cultura de las urnas en el N. de Italia, así como al desbordamiento hacia ella de tribus célticas de la Saboya y de los Alpes franceses. Entre ellas pudieron estar los ambrones.

Estos, a su vez, aparte de los de la Liguria y de los de España descubiertos por Menéndez Pidal, son conocidos en Jutlandia al lado de los cimbrios y de los teutones y con estos últimos marcharon hacia Occidente en su migración histórica. Los ambrones han podido ser considerados como celtas y la expansión de la cultura de las urnas hasta la línea del Elba y las íntimas y antiguas relaciones de celtas y germanos —que, como hacia Hubert, pueden referirse a un momento de fortaleza de los pueblos célticos que influyeron considerablemente hasta en la organización de los germanos— hacen plausible que los ambrones de Jutlandia sean una infiltración céltica para el comercio del ámbar, como creemos nosotros.

De momento nos atenemos a nuestra hipótesis de un pueblo ambrón céltico que ya en tiempos de la cultura de las urnas se dislocó, reconociéndose, como es frecuente en las tribus célticas dislocadas, sus grupos en regiones muy distantes unas de otras. Uno iría a parar al mercado del ámbar, otro, arrastrado hacia el sur de Francia se vertería a través de los Alpes en la Liguria propiamente dicha y otro llegaría al centro de España junto con otros pueblos célticos y se disolvería entre ellos. Veremos si investigaciones ulteriores confirmarán o invalidarán esta hipótesis.

No vamos a discutir aquí el problema ligur. En él hemos tomado una posición de escepticismo en cuanto a sus indicios en España (7). Cierta-

(6) F. RIBEZZO, "Limite geografiche e limite linguistico tra ligure ed etrusco-pieno" ("Atti del I Convegno preistorico italo-svizzero", Como, 1949, p. 65-84); IDEM "La Sicilia preistorica nel quadro dell'unità linguistica mediterranea" ("Annali della Facoltà di Lettere di Palermo", I, 1950, p. 31-40) y la nota citada "Origine e protostoria dei liguri".

(7) BOSCH-GIMPERA, "Etnología de la Península Ibérica" y "La formación de los pueblos de España" y la discusión de mis opiniones por Almagro en los "lugares citados" y por (Lamboglia) en la nota "Origine e protostoria dei liguri".

mente no pretendemos haber dicho la última palabra y tales indicios ofrecen mucha materia de discusión todavía. Acaso algún día puedan explicarse, sin que tengamos que volver a un gran pueblo ligur ni en todo el occidente de Europa como en tiempos de Müllenhoff y de D'Arbois de Jubainville —“hypothèse ligure remontant au roman plutôt qu'à l'histoire” (Vendryes)— ni en todo el Mediterráneo —a lo que parece tenderse ahora— o a la invasión de la Edad del Bronce de Gómez Moreno. Mientras no tengamos una explicación satisfactoria de los diversos elementos del substrato mediterráneo o del precéltico de otros lugares de Europa como el de los Alpes o de Francia, así como mientras no se haya explicado mejor el proceso de la formación de las culturas prehistóricas de Italia —con muchos puntos oscuros a pesar de los grandes progresos que han realizado los colegas italianos y particularmente la señora Laviosa Zambotti— estamos lejos de poder intentar una reconstrucción plausible (8).

(8) La mejor síntesis del estado actual de la prehistoria italiana en relación con los problemas de la formación de los pueblos en G. KASCHNITZ-WEINBERG “Italien mit Sardinien, Sardinien und Malta”, en el “Handbuch der Archäologie”, de W. Otto y R. Herbig, vol. 11, 2, Munich, 1950, con toda la bibliografía pertinente.